dolor, en la esperanza, en el temor, en la ira y en todos los demás afectos y pasiones del alma, la sangre muda de fisonomía, y para todos ellos tiene sus modos particulares en virtud de los distintos movimientos del corazón.

Contemplad ahora por un instante á la Virgen abrazada con su Hijo resucitado; fijaos en aquel semblante celestial, donde irradia alegría tan pura, tan suave resplandor de felicidad y una transfiguración tan luminosa en la belleza de sus facciones, que sólo mirarla parece que nos debía hacer bienaventurados. ¿De dónde nace ese brillo divino y suave de su rostro, esos rayos de atractiva luz que sus ojos despiden, y toda esa hermosura tan nueva, fiel trasunto de la belleza inmaculada de su alma, de esa belleza superior á la de los ángeles y á la de todo lo criado? ¡Ah! Tocad su Corazón... ¿No se inflama vuestra mano? ¡Oh! Sí, ciertamente; hay en él unas llamas abrasadoras que causan incendios inextinguibles; la sangre hierve con el calor de este horno celestial, se colorea con un color nuevo y peregrino, con el cual nada tienen que ver las rosas y los jacintos: lanzada impetuosamente por las vehementes y presurosas palpitaciones del corazón, sube á los ojos y los convierte en dos soles; llega á los labios, y los hace resplandecer con el vivo carmín del arrebol vespertino; se esparce por las mejillas, y las transforma en dos manzanas de oro que roban el Corazón del divino Esposo.

Hay más aún: las iluminaciones ó ilustraciones sobrenaturales que Dios comunica en este mundo á las

almas de sus escogidos se reflejan no pocas veces en el mismo cuerpo, sublimándolo á una belleza como divina, que es en cierto modo una participación de aquella gloria bienaventurada que, como atmósfera de luz, rodeará los cuerpos de los santos después de la resurrección general.

Santo Tomás, que sin escribir de Estética dejó en sus obras muchos principios que arrojan torrentes de luz sobre esta ciencia, explica de este modo tan sencillo como filosófico el origen de la hermosura de los cuerpos gloriosos: "Como todo lo que se recibe en alguna cosa se adapta al modo ó disposición del sujeto que lo recibe, el fulgor ó brillo que del alma se deriva al cuerpo glorioso es recibido en éste según el color natural al cuerpo humano, á la manera que un vidrio diversamente coloreado recibe los resplandores que el sol le envía, según la cualidad de su color (1)."

Quiere decir el Santo Doctor que las criaturas, cuando reciben unas de otras el efecto de una acción, lo acomodan á su manera peculiar de ser, modificando lo que reciben del modo que es conveniente á su naturaleza. Así observamos que, según la diversidad de ingenios ó caracteres, así son distintos los modos de entender ó de expresar las cosas, porque cada uno

(1) "Cum omne, quod recipitur in aliquo, ad modum recipientis recipiatur, fulgor qui ab anima derivatur in corpus gloriosum, recipitur secundum colorem humano corpori naturalem, sicut vitreum diversimode coloratum recipit splendorem ex illustratione solis secundum modum sui coloris." (*Sum. Theol.*, part, III. q. 85, a 1, et q. 54, a. 3, ad 1.)

amolda la verdad al modo peculiar de su entendimiento. Pues bien: cuando los efectos sobrenaturales se revelan en el orden sensible, se acomodan también á la naturaleza de las cosas donde se manifiestan; y así, las divinas iluminaciones de la inteligencia que los santos algunas veces reciben, cuando redundan en el cuerpo y se muestran en él, hácenlo por medio del color natural al cuerpo del hombre, pues el color es una participación de la luz en cuanto está en algún sujeto, y nada es más adecuado para la expresión de la luz intelectual que la luz sensible, la cual tantas analogías tiene con aquélla.

El brillo sobrenatural que entonces adquiere el color del rostro procede también, según los trámites ordinarios, del corazón, que arde, á la sangre que se inflama, y de la sangre se refleja á lo exterior al través de la epidermis. El amor divino, cuando es muy intenso, causa también con frecuencia estas gloriosas transfiguraciones del semblante humano, con la diferencia de que á la luz suave que lo baña se junta un ardor que lo abrasa y transforma en rostro de serafín. En este último caso el corazón enardece la sangre al mismo tiempo que la ilumina, y el mismo corazón está hecho una hoguera tan ardiente que despide á su alrededor llamas de fuego, y así se vió en muchos santos que, con sólo aplicarles la mano al pecho, quedaba ésta como abrasada por un extraordinario ardor.

Pues ¿cuál no sería la claridad y transparencia del rostro de la Virgen, donde se reverberaban aquellas

altísimas ilustraciones que de Dios recibía contínuamente en su purísima inteligencia, y más cuando, aunque transitoriamente, se le mostraban los resplandores de la esencia divina, quedando bañada con ellos y en aquellos éxtasis amorosos en que su Corazón se derretía con la vehemencia del calor, bajando á calentarse en él los mismos serafines? ¡Oh, cuán sublime, cuán hermoso es el Corazón de María recibiendo en sí los celestiales influjos de su alma esplendorosa, y causando con sus latidos esa claridad y ese ardor divinos de la sangre con que el semblante se iluminaba y se encendía, semejando en la gloria y hermosura de su transfiguración una aparición del cielo!

***

Resalta ciertamente el corazón por su influjo en la belleza del cuerpo; pero en la Virgen santísima es sobremanera admirable y embelesador, como expresión sensible de la belleza moral de su alma. Comencemos por aclarar las nociones de los términos para hacer luego lógica aplicación de la doctrina al asunto de que tratamos.

La belleza moral en el orden humano es el brillo de la virtud y de la sabiduría, conforme á la definición de San Agustín, que dice: "Toda la hermosura del alma consiste en la virtud y en la sabiduría (1). „ Estas son las dos joyas que más la embellecen, ó mejor

(1) "Totum autem quod pulchrum est in anima virtus et sapientia est. „ (Enarr. in Psalm. LVIII.)

las únicas que pueden hermosearla y hacerla parecer tal á los ojos de los demás. En el orden moral no hay belleza sin virtud; pues aun cuando el vicio se presente á veces con apariencias amables, no tarda en descubrirse su fealdad por el desorden que siempre lleva consigo. El vicio, aunque pretenda vestirse con todos los atractivos, no puede producir sino el vano y fugaz resplandor de los fuegos fatuos, una belleza ilusoria junta con una fealdad real. La virtud, por lo contrario, trae consigo todas las harmonías, y si se manifiesta por hábitos apacibles, alegres y benévolos, arrebata en pos de sí todos los corazones.

Verdad es que acaece muy frecuentemente que la virtud no puede conservarse sin privaciones ni sacrificios, y que, por otra parte, no siempre éstos se presentan con un carácter grandioso que daría origen á lo sublime; pues, como dice el Doctor de Hipona, "la lucha y el triunfo que consigue el alma es muchas veces contra los hechizos de la hermosura inferior (1)", y entonces la victoria es oculta; la hermosura no se refleja á lo exterior, y se opone á la expansión libre y harmónica de una virtud afable; pero no importa: esto sucede mirado el acto desde un punto de vista parcial; mas si se examinan detenidamente todas sus circunstancias, percibiránse en él muchas harmonías, y se alcanzará á ver una luz tan bella y esplendorosa que logró disipar las sombras y tenebrosidades de la materia corruptible.

(1) *De musica*, lib. VI, cap. XV.

Ahondemos más; hay en nosotros dos partes muy distintas y en cierta manera contrarias: el cuerpo y el espíritu, la porción inferior y la porción superior. Nuestra alma, espiritual por naturaleza, salió inmediatamente por creación de las manos divinas y tiende al mismo Dios como á su propio fin, pues Él es el único que puede llenar los anchurosos senos de las aspiraciones de ella. El alma es de suyo luminosa porque participa de la misma Luz increada, y es, por consiguiente, bella por sí misma, imitando de un modo muy subido la Eterna Belleza. El cuerpo, por lo contrario, es como una sombra de esa luz intelectual, pues las cosas sensibles no pueden entenderse inmediatamente por sí mismas.

Por esto cuando el alma se convierte á Dios, que es purísimo espíritu y claridad esencial; cuando se levanta sobre el mundo de los sentidos y vuela libremente hacia el manantial de la hermosura suprasensible, conserva en todo su brillo sus nativos resplandores, y va creciendo en ellos hasta que en su unión con el Criador se transforme, aunque sin perder su ser personal, en la divina claridad de la gloria, y alcance por este medio el supremo grado de belleza moral á que puede aspirar. Mas si se vuelve hacia las sombras y tinieblas de las cosas corruptibles de acá abajo quebrantando las leyes del orden moral, se empaña el brillo de su hermosura, desciende del trono de su gloria para arrastrarse por la tierra, y aquella mezcla horrible de una luz en sí tan pura y de las inmundas tinieblas que la ofuscan, engendran en el

orden moral la fealdad más espantosa, el monstruo mayor: el pecado. Esta opuesta aproximación del alma á Dios ó á las criaturas visibles depende de sus contrarias afecciones ó inclinaciones, y principalmente del amor, que es la primera y la raíz de donde las demás se originan.

Por el amor nuestra alma se pega y hace como una misma cosa con el objeto amado; y así, si ama la tierra, terrena se vuelve, y con la mezcla de tan bajo elemento, tan poco conveniente, y lo que es peor, del todo desproporcionado á su dignidad espiritual, hácese impura, entúrbiase su luz y resplandor y despide en la presencia de Dios un humo tan fétido que la tiene alejada de la fuente de sempiterna luz. Cuando el amor, empero, tiene por objeto á Dios, resplandece más con la participación de su belleza infinita, y si mira al cuerpo es tan sólo para iluminarlo, no para sumergirse por un amor desordenado en medio de sus tinieblas. Acaécele lo que al sol, el cual envía sus rayos sin contaminarse á los lugares más inmundos. Así los destellos de la divina luz del alma enamorada de Dios sirven para alumbrar la cárcel del cuerpo, penetrar en los sitios del dolor y hasta allí donde se ven reunidas todas las miserias de los hombres. Y esto ¿para qué? No para otra cosa sino para llevar á los corazones desgraciados la luz del consuelo, el rayo de la esperanza, los resplandores de la caridad.

Esta luz espiritual que tanto hermosea al alma cuando criminalmente no se la encierra en un objeto idolatrado, tiende á comunicarse por sí misma en todas direcciones, como la luz de Dios, y nunca parece tan bella como bañando con sus fulgores los sitios más sombríos, donde gime el desgraciado, privado de la luz de todo consuelo. De aquí nace la muerte del egoísmo, la hermosura de la caridad, la belleza del corazón generoso, la sublimidad del sacrificio, la atmósfera encantadora que, según la bella expresión del P. Faber, rodea á quienes en su misión de misericordia visitan la bohardilla ó el hospital, las cárceles y los sótanos.

Y ¿podríamos hallar una expresión sensible más propia para declarar la hermosura de todas estas virtudes y sentimientos, que tanto embellecen el alma, que el corazón? No, ciertamente; en el corazón, como en su propio asiento, toman calor y vida esos piadosos afectos, en él se manifiestan con todos los hechizos que los hacen amables y atractivos; en él los sentimientos de la virtud adquieren esa dulce ternura, esa suavidad admirable que tanto los realza y que tan bien sabe ganar los corazones. ¡Qué corazón tan bello! Esta es la expresión más regalada y cariñosa que tenemos para significar la belleza de un alma que hace amable la virtud. Es un corazón de oro, decimos del que es caritativo, condescendiente y generoso. Además, en el corazón el amor se hace sensible, y como del amor, según hemos visto, depende la hermosura del alma, ninguna expresión más conveniente puede hallarse de la belleza moral que el corazón, donde el amor se pinta.

***

Si ahora aplicamos estos principios, á la belleza moral de la Virgen, no podremos menos de alabar su Corazón Inmaculado; aquel Corazón donde la virtud se hizo tan tierna y tan amable que la difundía en torno suyo como un aroma celestial; de aquel Corazón donde se manifestaron de una manera tan palpable y sensible los embelesos del alma; de aquel Corazón, en fin, donde siempre hallaron eco los más nobles sentimientos, en donde jamás entró el egoísmo ni penetró el desorden moral.

El alma de María, la más pura y hermosa después del alma de Jesucristo, remontaba su vuelo por encima de todas las cosas criadas; no pesaba sobre ella la intolerable bruma de las cosas corruptibles; las tristes sombras no llegaban á las altísimas regiones en que se cernía, y libre y sin obstáculos, atravesando una atmósfera de luz, llegó una vez con su raudo vuelo al inmenso océano de toda hermosura, sumergióse en él para hacerse más y más bella, y con aquellos ojos de su entendimiento y de la intención purísima y rectísima que tenía en todas sus obras, despidiendo por ellos torrentes de suavidad y dulzura, pareció con todas sus galas ante el trono de la Majestad Divina, y ¡oh prodigio singular de su hermosura! el Eterno quedó prendado de ella, porque la belleza de sus ojos le sacó fuera de sí, *ipsi me avolare fecerunt* (1), y el alma triunfante de la Virven se llevó cautiva sobre sus alas candidísimas la Belleza eterna y substan-

(1) *Cant Cant.*, VI, 4.

cial, y para que no la derritiese á ella con el exceso de su divina luz, formó con la sangre de su Corazón un velo tenuísimo y trasparente, encerróla en él y la presentó á los ojos de los hombres para que la amasen y suspirasen por Ella. Aquí también fué su Corazón la expresión sensible más alta y viva de aquella hermosura soberana con que la agracio el Verbo divino al hacerse carne en sus entrañas, pues de la sangre de este Corazón se formó la Humanidad de Cristo, la joya más hermosa que adorna la frente de María.

Pues esta Señora entonces se muestra con todo el brillo de la majestad y de la hermosura moral, cuando, como Madre, tiene entre sus brazos al Hijo de Dios. Ahora bien: en su Corazón de Madre divina están retratadas estas dos hermosuras que la agracian, la suya propia y la del Hijo, porque sabido es que el Hijo es gloria y hermosura de la Madre. ¿Quién duda ahora que el amor materno, que es todo ternura y sensibilidad, es propio del corazón? Por esto son inexplicables los encantos del amor maternal. ¿Y quién puede asimismo poner en cuestión que el Corazón de María es la expresión sensible más hermosa de la belleza de Jesucristo, pues en él y por él se encarnó tomando parte de su misma substancia, para unirla consigo con eternos lazos y con unión personal? Si los efectos han de ser parecidos á las causas, difícilmente podrá excogitarse hermosura más parecida que la de Jesucristo y la del Corazón de su Madre. Y así como en la Humanidad del Salvador esta-

ba encarnada del modo más perfecto la belleza sobresubstancial del Verbo, así lo estaba también de un modo muy parecido, aunque no substancial, en el Corazón de María, fuente de esa misma Humanidad.

¡Oh! ¡Cuán bello eres, Corazón de mi Madre, cristalino espejo en donde se reflejan las perfecciones de tu alma santísima, y donde reverberan los divinos rayos de la hermosura encarnada! ¿Qué himno más harmonioso puede tributarse á la belleza infinita que el suave murmullo de las corrientes amorosas que bañan ese Corazón? Retire el sol sus rayos del universo, que el mínimo de los resplandores de tu Corazón le alumbrará todo entero con luz más suave y deliciosa. Si el astro del día hermosea con sus fulgores los montes y los valles, las aguas cristalinas y las umbrosas selvas, tu Corazón, Madre mía, embellece los corazones, comunicándoles los divinos afectos de amor, generosidad y dulzura que iluminan el tuyo.

***

La belleza moral, según San Agustín, está además en la sabiduría. Consiste ésta en el conocimiento de las cosas por las altísimas causas, y la sabiduría suprema y propiamente tal en el conocimiento de las criaturas por la causa altísima, que es el Criador de ellas. El hombre puramente científico se entretiene en la consideración de la verdad sin referirla al que es la Eterna Verdad, con la cual son verdaderas todas las cosas; ve en las criaturas reflejados algunos rayos de luz, pero no alza la vista para contemplar

la misma Luz substancial. Así le acontecía al pobre San Agustín antes de su conversión. "Yo, — dice en sus *Confesiones*, — tenía las espaldas vueltas á la luz, y el rostro á las cosas donde la misma luz reverberaba."

Empero el verdadero sabio en sus especulaciones tiene siempre vuelto el rostro á la eterna Luz, y observa cómo de aquel foco inmenso salen los torrentes luminosos que hermosean las criaturas. Estando de cara al divino Sol, el semblante del alma, que es el entendimiento, recibe también sus resplandores, quedando con ellos bañado y embellecido, y como impreso en él y retratado el rostro del mismo Dios. Los santos, que en sus acciones tenían los ojos puestos en el Supremo Hacedor, fueron también los más sabios é iluminados, y en sus contemplaciones recibían tanta luz que su alma transfigurada bañaba á las veces el cuerpo corruptible con suave claridad, anticipada prenda de la gloria inmortal que les esperaba después de la resurrección.

¿Mas qué entendimiento hubo como el de la Vírgen inmaculada, que tan de frente, tan de cerca y con tanta asiduidad estuviera fijamente mirando hacia la Luz increada, y que por lo mismo recibiera de Él tan continuos y vivos fulgores?

Los otros santos, por subida contemplación que tuvieran, habían algunas veces de interrumpirla para atender á las necesidades del cuerpo. Además, para volver los ojos del alma á la eterna Verdad habían de sostener no pocas veces luchas horribles de la par-

te inferior, que pretendía inclinarlos hacia la tierra. Pero en María, su Corazón de Madre dió fijeza y facilidad á esta contemplación estable; de manera que así como ante la vista corporal tenía siempre presente la Humanidad de Jesucristo, así con la vista interior del alma penetraba hasta lo más recóndito de su Divinidad.

María fué Madre del Verbo por el Corazón, por la purísima sangre que el vivo manantial del Corazón prestó para la formación de la naturaleza humana de Jesucristo. Este mismo Corazón de Madre era el que con sus ardientes latidos la arrastraba en pos de Jesús; por este amor de su Corazón maternal tenía siempre vueltos los ojos del cuerpo y de la consideración espiritual al Verbo encarnado, al Sol de justicia, á la divina Belleza. Velando y durmiendo el fuego del Corazón levantaba su alma candorosa por encima de todo lo criado, y con la vista clara y serena podía contemplar las bellezas de su Amado.

Un carro de fuego, á manera de impetuoso torbellino, arrebató al profeta Elías, y alzándolo sobre las nubes lo transportó á deliciosas moradas, que si no son el mismo cielo, están muy próximas á él. ¿Pues qué harían en la Virgen las llamas inmensas de su Corazón, sino lanzar su alma purísima hacia las alturas celestiales y trasladarla como en triunfal carroza de divino fuego á aquellas regiones hermosísimas que se descubren en el seno de Dios y que embelesan á los bienaventurados? ¡Cuán bella tornaría el alma de estos vuelos sublimes! ¡Con qué ricos tesoros de sa-

biduría, con qué divina ciencia agraciada y hermoseada! Las llamas del amor materno salidas de su Corazón levantaban el alma, y á medida que ésta iba subiendo trocábase el ardor en claridad, hasta que al fin, llegando á lo más encumbrado, se convertían en nube tenue y luminosa que, como atmósfera de luz, la rodeaba y cubría de gloria inmortal.

Basta ya de este asunto, que fué más largamente tratado en otra parte, aunque mirado por lado algo diverso, y pasemos á decir dos palabras sobre el Corazón de María como expresión de lo sublime.

***

En el orden moral, la diferencia entre lo bello y lo sublime está en que lo primero reviste un carácter dulce y expansivo, reflejándose en lo exterior la hermosura interior del alma, mientras que lo segundo supone una grave lucha, en que á la naturaleza humana es casi imposible conseguir la victoria, y por lo mismo, si la voluntad vence, sacrificando sus intereses, sus afectos ó la propia existencia, á la justicia ó á la caridad, el alma se eleva, por decirlo así, á una esfera superior, á una región más luminosa, única capaz de hacerla desprender de los más arraigados sentimientos.

Lo sublime encierra cierta infinidad que no podemos medir; algo elevado sobre nuestras fuerzas que no podemos naturalmente alcanzar; una superioridad fuera de la órbita común que, desde el momento que la tocamos con la mano y la medimos y comparamos